

BAILAR, JUGAR Y DESFILAR: LA IDENTIDAD CULTURAL DE LOS NORTINOS

* Sociólogo. Universidad Arturo Prat. Correo electrónico: bernardo.guerrero@unap.cl.

Bernardo Guerrero Jiménez

Bailar, jugar y desfilan son tres actos cotidianos de los habitantes del norte grande de Chile, y en especial de los iquiqueños. Estos tres rituales permiten cada cierto tiempo activar nuestra identidad cultural. Religión, deporte y nacionalismo constituyen una tríada que se expresa en un mismo cuerpo, y sobre el cual es posible escribir y leer buena parte de la cultura del norte grande de Chile. Se reflexiona en este artículo sobre esos tres componentes.

Palabras claves: Identidad cultural - Deporte - Religión.

Dancing, playing and parading are three daily acts for the inhabitants of Northern Chile, specially among iquiqueños. These three rituals allow every now and then to activate our cultural identity. Religion, sports and nationalism constitute a triad which expresses itself in a same body and over which it is possible to write and read a good deal about Northern culture in Chile. This article reflects on these three components.

Key words: Cultural identity - Sport - Religion.

INTRODUCCIÓN

La pregunta de quienes somos parece recorrer buena parte de las preocupaciones de los chilenos. El informe del PNUD da cuenta de algunos aspectos de la identidad de los chilenos. Señala, además, entre otros tantas consideraciones, la falta de un discurso identitario que una las diversas formas de ser y de sentirse chileno. Por otro lado, el libro de Jorge Larraín sobre la identidad nacional intenta, en lo teórico, definir el concepto y hablar de nuestras señas de identidad. Ambos, textos sin embargo, hablan de lo chileno, como una categoría abarcativa de algo que puede llamarse “chileno” sin detenerse en categorías regionales. En el libro *El Retrato* hablado de las ciudades chilenas (Bernardo Guerrero. Editor. Dibam y Unap. 2002), hablamos de la identidad,

pero desde las ciudades. En este trabajo reflexionamos sobre la identidad cultural nortina en base a la observaciones de tres rituales identitarios.

La vida cotidiana de los nortinos, y en especial de los iquiqueños, bailar, jugar y desfilan constituyen parte importantes de sus vidas. En el calendario ritual de la ciudad, fechas como el 21 de mayo, el 16 de julio, y cada fin de semana a través de la práctica del fútbol, la vida de hombres y mujeres se articula en torno a estas celebraciones.

De marzo a julio, en los sectores populares de la ciudad, los bailes religiosos, se preparan para subir al pueblo de La Tirana. Cada tarde se siente el sonido de los bombos y los bronces. Hombres, mujeres y niños ensayan las mudanzas que le bailarían a su “china”. De marzo a mayo los jóvenes de los diferentes establecimientos educacionales se alistan con bandas de guerra para el desfile del 21 de mayo. La ciudad se llena de aires marciales. Los jóvenes que ejecutan la música son los mismos que acompañan a los bailes en la fiesta de La Tirana. Para el 21 de mayo desfila toda la ciudad, desde los estudiantes de pre-kinder hasta los universitarios. Y como si esto fuera poco, cada domingo al mediodía en la Plaza Prat diversos grupos sociales “marcan el paso” en honor a la patria: ex-alumnos, grupos de adultos mayores, damas del voluntariado, bomberos, ex-pampinos, etc.

Los fines de semana, por su parte, las canchas de la ciudad se pueblan de niños, jóvenes y adultos que practican el fútbol. Sobre canchas que carecen de césped (“las polvorientas canchas” las denominó el cronista deportivo Raúl Duarte) los equipos muestran su habilidad. Todo ello en el marco de una ciudad que fue denominada y con justa razón “Tierra de Campeones” (Guerrero; 1992).

Lo descrito intenta entregar una panorámica de la importancia que tiene el bailar, el desfilan y el jugar en nuestra ciudad. Lo podemos resumir en la siguiente proposición:

La sociabilidad e identidad de la cultura popular iquiqueña se estructura en torno a tres actividades:

1. El baile, expresado a través de las cofradías religiosas que acuden cada año a la fiesta de La Tirana.
2. El deporte, sobre todo el fútbol y el box que acaparan la atención de los sectores populares de la población, y

3. El desfile del 21 de mayo y en cada domingo, expresión del proceso de chilenización que comenzó el año 1879 y que aún continúa.

La intención de este artículo es entregar elementos de análisis que nos permitan comprender como en los sectores populares y medios de la ciudad (sobre todo en el fútbol y en el desfile) han ayudado a configurar un proceso de construcción y difusión de identidad claramente identificables y diferenciables con otras regiones del país.

Sirva esta introducción para ambientar la reflexión que entregó en las siguientes páginas.

BREVE AMBIENTACIÓN TEÓRICA

Las identidades no son a-históricas como tampoco están fijas y dadas para siempre. Hombres y mujeres las portan, las trasladan y a menudo mutuan de una a otra, sin cuestionamientos, pero siempre en base a una línea de continuidad. En este artículo enfatizo la idea anterior, es decir el movimiento y la transversalidad. La idea del movimiento tiene que ver con la adquisición y la reproducción, la de transversalidad con el hecho de que cruza varios cuerpos: niños (as), hombres y mujeres. Pero además, con el hecho que las identidades no se reducen a un territorio, a una clase o a la nación. Hablamos aquí de una identidad (es) regional (es) que se asienta sobre varios ejes: la religión, el deporte y el nacionalismo. Y los agentes que de ellas se alimentan, son sujetos que traspasan los umbrales que ficticiamente se han delineados. Un bailarín de La Tirana, juega al fútbol y desfila cada 21 de mayo. Estas identidades se expresan en un discurso corporal, son colectivas y tienen fronteras, y son como tal fuertes y débiles. Esta es la idea que mueve estas reflexiones.

Tres conceptos son básicos para interpretar el tema que nos ocupa. Uno tiene que ver obviamente con el de la identidad, dos el de religión y deporte, y tres el de nacionalismo. Todos ellos desde una perspectiva sociológica. El primero nos sirve para entender como la sociedad en este caso, la regional, y en específico la iquiqueña, proyecta en base a la idea de un nosotros una visión de pasado, presente y futuro. La segunda para ver como determinados eventos, en este caso religiosos y deportivos permiten la actualización y reproducción de imaginarios culturales singulares. Finalmente el concepto de nacionalismo nos permite ver los rituales patrios como marcadores de señas de identidad.

Sobre el concepto de identidad cultural existe una amplia bibliografía que no vamos a revisar aquí. No obstante, enfatizaremos el carácter dinámico, contradictorio y hasta paradójico del mismo, como una forma de evitar una mirada unidireccional del mismo. Creemos en la identidad como un proceso inacabado que tiene por función construir una imagen del colectivo en contraste -no en contraposición- con el otro. Esa imagen que se construye en el proceso de interacción social, recoge y elabora elementos del pasado, lo reubica y le da un sentido coherente con el presente y el futuro. La identidad es el despliegue de sentido de pertenencia.

La identidad es un proyecto que se extiende bajo condiciones culturales, económicas y políticas concretas. La identidad siempre es histórica. Esto quiere decir que arrastra sobre sí un caudal de contenidos y de formas que en el presente se van reconfigurando de acuerdo a las relaciones que establece con el mundo en que está inserta.

El concepto de religión por su parte, dentro de la tradición de las ciencias sociales, es entendido antes que nada, como un proceso cultural cuyo constructores son los hombres y mujeres que viven en sociedad. O si se quiere como “algo eminentemente social” (Durkheim, 1992: 8). Cuando este autor plantea la separación entre lo sagrado y lo profano afirma que esa dualidad de realidades funda la religión. Pero, es un hecho social. Lo sagrado y lo profano, esconde a su vez, la realidad de lo social y lo individual (Durkheim, 1992: 36). En última instancia para el pensador francés la religión es un vehículo de integración. Peter Berger, por su parte, continúa la tradición del autor de “Las formas elementales de la vida religiosa” y le otorga otras funciones. Según el sociólogo norteamericano, la religión sirve para dar sentido, evitar el caos y dominar la contingencia. “La religión sirve, pues, para mantener la realidad de este mundo socialmente construido dentro del cual los hombres existen y su vida de cada día transcurre (Berger, 1999: 70).

El tema del deporte más allá de sus componentes lúdicos y de entretenimiento, tiene para la sociología una importancia en el orden de la producción de sociabilidad y de integración social. El deporte “tiene la virtud de operar como arena tanto para la generación de capital social como para el establecimiento de vínculos comunitarios cargados de intensidad afectiva” (Villena, 2003: 21). Este mismo autor especifica “En general, existe un consenso entre los sociólogos e historiadores en que los deportes, como un conjunto de prácticas corporales especializadas (de carácter experimental) orientadas a llevar

hasta sus límites la potencia física humana, son un fenómeno propio de la modernidad, que acompaña al proceso de ‘civilización’ y de racionalización de la violencia” (Villena, 2003: 258). Para efectos de nuestra reflexión vemos el deporte como productor de identidad cultural, que sirvió sobre todo en la época de crisis (1930 al 1960) como una forma de expresar descontento (Guerrero 1992).

El concepto de nacionalismo sirve para ver como desde el Estado Central se movilizan recursos tanto materiales como simbólicos para consolidar una idea de nación que cubra la totalidad de las subjetividades. “El Estado Nacional genera el nacionalismo por cuanto sus estructuras de poder, burocráticas y centralizadas, le permiten llevar a cabo el proyecto político de la fusión de estado y nación, o sea de la unificación en todo su territorio de la lengua, la cultura y las tradiciones” (Levi, 1998: 1026). Guibernau enfatiza los elementos ideológicos de tal realidad. La significación del nacionalismo radica en su capacidad de expresar la voluntad de un pueblo que desea decidir su propio destino, ser respetado y desarrollar una cultura y personalidad propia (Guibernau, 1978: 75). El nacionalismo crea identidad para los individuos que viven y trabajan en sociedades modernas (Guibernau, 1978: 84). Salvador Giner por su parte afirma que al declinar las religiones sobrenaturales que le da sentido a los ciudadanos, ese vacío lo llena esta religión civil que se llama nacionalismo. “La comunidad alcanza la trascendencia mediante sus símbolos y su historia épica (Citado por Guibernau, 1978: 57). Para el caso que no ocupa nos interesa ver cómo la gente experimenta la identidad nacional. La respuesta es clara, se experimenta a través del ritual que en ciertos períodos de tiempo, remarca el sentimiento de que se pertenece a algo.

Bailar en las cofradías religiosas del norte grande de Chile, proviene de una tradición que podemos llamar pre-moderna. El bailar nos remite al proceso de hibridación entre la cultura andina y la cultura hispana. Para un mayor desarrollo de estas ideas remito al lector a la obra de Van Kessel (1987). Bailar es activar una maquinaria de extraordinaria complejidad, no solo en lo organizacional, sino que también en el diseño y ejecución de las mudanzas. Los que bailan se presentan frente a la virgen como “Hijos e hijas de la Virgen”. En el lugar del peregrinaje se recrea una vida social libre, en la medida de lo posible, de las urgencias del rol y del status que definen al peregrino como ciudadano.

Jugar y en este caso al fútbol, nos remite a la modernidad temprana que los ingleses trajeron al norte grande a fines del siglo XIX. Se arraigó en la zona gracias al gran contingente humano que aquí se concentró como consecuencia de la industria del salitre. Jugar al fútbol se convirtió en una nueva referencia identitaria. Los cientos de clubes que se formaron tanto en la ciudad como en la pampa daban cuenta de nuevas realidades sociales como el barrio, las colonias de migrantes, las clases sociales, las oficinas salitreras, etc. Jugar dentro de la sociabilidad nortina sirvió para llenar el tiempo libre. El club deportivo se alzó como una de las instituciones centrales de la ciudad. Y el barrio los cobijó. Las identidades deportivas, en este caso, la del fútbol, se expresaron ritualmente cada fin de semana.

Desfilar, corresponde a la tradición nacionalista fervorosamente expresada en el territorio conquistado por los chilenos. La chilenidad necesita enraizarse en la subjetividad del habitante nortino. Las campañas de chilenización como ha ocurrido en países de Europa, se hizo con la ayuda de la escuela. Estos dispositivos se desplegaron por todo el territorio: oficinas salitreras y en la ciudad en todo el plano urbano, y en forma especial en el barrio. La feliz expresión “la invención de Tarapacá” (Podestá 2004) da cuenta de este proceso tan obsesivo como eficiente. Con ocasión de cada efeméride, el Estado a través del Ejército o de la escuela, recuerdan el carácter épico de la guerra que permitió que esta zona fuera anexada a la soberanía nacional.

Bailar, jugar y desfilar son expresiones de identidad que cada cierto tiempo se reafirman. En el caso del norte grande de Chile estas tres manifestaciones además se concentran en un solo cuerpo. Esto quiere decir que y sobre todo en el mundo popular hombres y mujeres, sin plantearse contradicciones realizan estas tres tareas.

Bailar, jugar y desfilar son experiencias extraordinarias en la vida cotidiana. Actualizar cada una de esas identidades significa activar una serie de rituales. En esta perspectiva, el ritual juega aquí un papel de importancia. El rito se define como “ejecución de actos más o menos invariables de actos formales y de expresiones no completamente codificadas por quienes la ejecutan” (Rappaport, 2001:56). Berger, por su parte define el ritual como una actividad recordatoria, destinada al no-olvido (1999: 67).

Los rituales religiosos, deportivos y nacionalistas cumplen con la misma función subyacente. Al decir de Gellner: “En el delirante frenesí de la

danza colectiva alrededor del tótem, cada psique individual es reducida a una jalea temblorosa y sugestionable; el ritual imprime entonces sobre esta maleable materia humana protosocial las ideas compartidas necesarias, las representaciones colectivas. De este modo hace que esa materia esté dirigida por los conceptos, constreñida y sea sociable” (Citado por Guibernau, 1998: 36). Y vinculado específicamente al ritual nacionalista, este mismo autor dice: “Si en el culto religioso la sociedad adora su propia imagen camuflada, en una era nacionalista, las sociedades se adoran a sí misma abierta y cínicamente, sin hacer uso de ningún camuflaje” (Citado por Guibernau, 1998: 36).

Bailar, jugar y desfilan son las tres patas sobre la que se edifica la identidad nortina. Hablamos entonces de una identidad fundada por elementos pre-modernos y modernos. Lo anterior podría llevarnos a pensar en las contradicciones que pudieran existir entre ellas. Al parecer habría más sintonía entre el jugar y desfilan en cuanto ambas son expresiones de la modernidad. A continuación analizamos las combinaciones de estos tres elementos.

Bailar y jugar. La identidad peregrina y la identidad deportiva ocupan espacios distintos en el imaginario popular. Bailar es una experiencia que se conecta con la divinidad. Bailar es sagrado. Jugar es un acto ritual pero que carece de significación trascendental, sobre todo si le compara con el bailar. Ambas tienen en común que el hecho de que la forma como se autoidentifican, nos remite a un estado infantil. Erik Laan cuando estudia a los bailes religiosos introduce el concepto de “metáforas nucleares”. Este surge del modelo de Fernández que considera “al ritual como la ejecución de una serie de metáforas, por la cual se realiza una transformación en la experiencia y el estado emocional del sujeto” (Laan 1993: 57).

Al estudiar a los indios Dakotas, y analizar sus cantos y emblemas, Laan plantea siguiendo a Cohen que ocurre lo que se llama la “reconstrucción simbólica de la comunidad”. Al definirse como Dakotas marcan las fronteras con otros grupos. Como grupo tienen sus emblemas que son sagrados: el estandarte, la fecha de fundación, etc. Sin embargo, acota Laan es en la danza donde se expresa dramáticamente la comunidad. Es en el nosotros, el modo más importante y efectivo de realizar la metáfora “soy indio Dakota”. Agrega este antropólogo holandés: “El danzante pierde su identidad propia: la reemplaza por la identidad del indio Dakota” (Laan 1993: 62).

Otra metáfora que utiliza el autor tiene que ver con la afirmación “Somos hijos de nuestra Madre la Virgen del Carmen”. Ser hijo es una metáfora de la infancia y de pureza y se vincula con la Madre, con María, se hace realidad la pureza y la maternidad al mismo tiempo. Lo que ocurre en el acto ritual es la transformación metafórica del adulto en niño.

Finalmente, aparece la metáfora del “somos un cuerpo”. Esto según nuestro autor constituye el núcleo del ritual de la fiesta de La Tirana, y que tiene sus raíces desde tiempos prehispánicos.

Algo similar sucede en la práctica institucionalizada del fútbol. Al igual que Los Dakotas que estudia Laan, uno puede decir lo mismo del deporte. El sujeto que viste la camiseta del club subsume su identidad personal y adquiere la del colectivo. “Somos del Unión Matadero” afirman. El club a su vez, siguiendo a Durkheim (1992), es el tótem del barrio. Al igual que los bailarines, los futbolistas dicen “vamos a jugar”. En otras palabras, hay una regresión hacia la etapa infantil. Se visten de corto, se ponen uniforme y predicán “el amor a la camiseta”. La expresión “vamos a jugar” es una expresión cualitativamente diferente a la que afirma “vamos a trabajar”. Los adultos trabajan, los niños juegan.

Bailar y jugar son expresiones del cuerpo, no de la racionalidad. Es el cuerpo el que baila, es el cuerpo el que juega. En el primero se piensa con el cuerpo, en el segundo se piensa con los pies.

Desfile es disciplinar el cuerpo de acuerdo a la cultura militar. Es la prusinización de la identidad nacional. Se marcha con los acordes de la música alemana. El ritual nacionalista nos actualiza nuestra condición adquirida de chilenos. Los desfiles recordatorios de las efemérides nacional y los dominicales están destinados a que tanto la sociedad en general, como las fuerzas armadas en particular, internalicen el orgullo de ser chilenos.

Iquique es chileno sólo a partir del año 1879. Desde esa fecha hasta hoy el intento del Chile central por hacer coincidir las fronteras culturales con las geográficas no se ha detenido. Tarapacá y Antofagasta son colonias internas, territorios nunca del todo conquistados. De allí que se pueda explicar cierta obsesión geopolítica de los santiaguinos, respecto a esta zona donde la chilenidad se experimenta de otro modo.

Es por eso que el calendario ritual de estas tierras se caracterice, sobre todo después del golpe de estado de 1973, por la constante presencia de bandas de guerra en los desfiles dominicales. Y no sólo de los militares, sino que también de los establecimientos educacionales. Y no sólo de los varones, sino que también de las mujeres. Sin embargo, esto viene de antes y se expresaba en la existencia de brigadas premilitares como la Hernán Trizano, Los Cóndores, entre otras. A modo de anécdota hubo un Intendente de la Concertación que a través de un oficio, dirigido a los directores de la enseñanza media, intentó prohibir el desfile de los estudiantes -desde párvulos hasta universitarios- el 20 de mayo. La respuesta de la sociedad civil no se hizo esperar. Cartas al director en la prensa daban muestras de lo arraigado que está en la gente el sentimiento de chilenidad.

Los cientos de jóvenes que ensayan durante los meses de marzo y abril, se preparan minuciosamente para el máximo momento del ritual nacionalista. El 21 de mayo es vivido tal como el resto de los chilenos vive el 18 de septiembre. No sólo, se nos compra ropa nueva, sino que también las fachadas de las casas son pintadas. Juegos populares y otras manifestaciones ayudan a darle un carácter festivo a esta fecha.

El jugar y el desfilarse, son ejercicio de identidad moderna. Ambas ponen en evidencia dos emblemas identitarios que no son contradictorios entre sí: la patria y el barrio. En el caso iquiqueño, por ejemplo, el nacionalismo se expresa además en el deporte. El club “Yungay”, “Estrella de Chile” o el desaparecido “Banderita chilena F.C”. Todo ellos clubes nacidos en la época del salitre y que coincide con el inicio del proceso de chilenización. En el marco de una ciudad cosmopolita, los otros nacionalismos, como el italiano, el croata, el inglés, el español, etc, se representaron a través de sus propias identidades, pero nunca entraron en conflictos con la nacionalidad dominante.

En el caso del jugar y del desfilarse hay un énfasis en la construcción de una identidad de género masculino. En ambos casos se plantea la idea de un jugador fuerte, y que según el argot futbolero “no arruge” o bien “la rompa”. En el escenario local la frase era “fuerte y largo ‘Parafina’”. Por otro lado, en el lenguaje militar las palabras que estructuran al soldado son “gallardos”, “marciales”, etc. En el primer caso la identidad masculina se presenta con la imagen del “campeón”. En la segunda con la idea del “valiente”. En ambos hay continuidad.

El Ejército chileno en época de la independencia nombró a la Virgen del Carmen su patrona. A raíz de la batalla de Chacabuco el general San Martín la declaró participante. Aurelio Díaz dice “que la devoción del pueblo chileno por la Virgen del Carmen es netamente republicana” (1938: 173). San Martín, una vez restablecida la autoridad de la República “hizo jurar en una gran fiesta celebrada en la Plaza de Armas, como Patrona de las Armas de Chile a la Reina de los Angeles en su advocación de Nuestra Señora del Carmen, por el voto general de este pueblo, por haber experimentado su protección en el restablecimiento del Estado que yacía bajo la presión de los tiranos, mediante el esfuerzo del Ejército de los Andes” (1938: 173). No obstante, lo anterior la china, para los habitantes del norte grande, sigue siendo un símbolo religioso que nos remite a la tradición andina.

Esta convergencia entre la Virgen y el Ejército nos lleva a una identidad republicana que tiene que ver muy poco con los nortinos. Esto es así ya que nuestra condición de chilenos es tardía. Por decirlo de alguna manera esa identidad republicana es más del Chile Central.

Un análisis de la imagen de la virgen que todos los bailes portan muestra siempre una bandera nacional. Esta presencia sin embargo, puede ser vista como un intento por los peregrinos de autodefinirse como chilenos. Esto tomando en cuenta que los sectores ilustrados de la sociedad y que manejan la llamada “opinión pública” han tildados a los peregrinos, en forma peyorativa como “peruanos” o “bolivianos”. Y también indica como el proceso de chilenización ha dado sus frutos.

El día 16 de julio, el llamado día grande, en el altar que se alza en la plaza, el aparato eclesiástico de la iglesia comparte tribunas con la alta oficialidad y con algunos políticos. A los gritos de “Viva la Virgen del Carmen” se le suma la de “Viva Chile”. El himno a Chile y a Yungay juegan también un rol importante en este ritual donde se cruzan las identidades religiosas y nacionalistas.

A MODO DE CONCLUSIONES

La mesa de tres patas donde se asienta la identidad nortina no constituye para quienes la portan contradicciones. Son vividas en tiempos y espacios distintos. Y cuando se entrecruzan no constituyen motivos de quiebres. Son identidades que dan cuenta de la realidad del norte grande que en términos

simbólicos permiten entender como esta zona ha sido ocupada por hombres y mujeres a lo largo de su historia.

La religión (el bailar) el deporte (el jugar) y el nacionalismo (el desfilarse) tienen en común el hecho de que permiten la transformación del sujeto en niño, jugador o soldado. En cada una de estas condiciones se experimenta la identidad que gracias al ritual permite que estos hombres y estas mujeres actualicen sus motivos y sientan que pertenecen a la comunidad imaginada de los dioses, del barrio y de la patria. Sin embargo, son en su mayoría elaboraciones masculinas de identidad. La mujer sólo baila, no juega al fútbol y cuando desfila lo hace del modo femenino tal como la cultura patriarcal lo define: suave, coqueta, etc.

Hijos o siervos de la virgen del Carmen, hombres/niños capaces de jugarse la vida por su club, hombres y mujeres de la sociedad civil que desfilan, constituyen parte de un paisaje donde la religión, el deporte y el desfilarse son actos cotidianos. Y como tal marcan fuertemente su forma de ser.

Otros cuerpos en movimiento expresados en rituales parecen luchar por contrarrestar la dinámica de los bailes religiosos y de todo aquello, que para la elite santiaguina, huelga o ponga en duda el proceso de chilenización.

Se trata de los clubes de huasos y de los cuasimodistas. Ambas expresiones surgidas en el Chile central y que merced a la atracción que ejerció la Zona Franca con sus consiguientes fenómenos de “obsesión geopolítica” y con el nuevo ciclo minero se han ido desarrollando en el norte grande. En Calama, Antofagasta, Arica e Iquique los clubes de huasos tienen una activa presencia. Participan y ganan campeonatos de cueca a nivel nacional, y realizan en este desierto el “deporte nacional”: el rodeo. Son, sin embargo, manifestaciones que concitan el interés de aquellos que venidos del centro del país, tratan de reproducir sus costumbres.

Los cuasimodistas aparecen como alternativa a los bailes religiosos. Sin embargo, muchos peregrinos participan también en las cofradías que asisten a los centros de peregrinación como La Tirana y San Lorenzo.

En ambos casos se trata de cuerpos en movimientos: cuerpos de bailes, de huasos, de cuasimodistas, de futbolistas, de gente que desfila y que devela una textura y una identidad que más que teórica es corporal. Habrá que seguir investigando en esta dirección, como asimismo los conflictos entre ellos.

BIBLIOGRAFÍA

- Archetti, Eduardo. El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino. FCE; México, 2001.
- Berger, Peter. El Dósel Sagrado. Para una teoría sociológica de la religión. Editorial Kairós; Barcelona, 1999.
- Díaz Meza, Aurelio. Leyendas y Episodios Chilenos. Volumen Trece. Editorial Nascimento; Santiago, 1938.
- Durkheim, Emile. Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia. Ediciones Akal; Madrid, 1992.
- Guerrero, Bernardo. El Libro de los Campeones: Deporte e Identidad Cultural en Iquique. Centro de Investigación de la Realidad del Norte; Iquique, 1992.
- El Retrato hablado de las ciudades chilenas. Bernardo Guerrero. Editor. Dibam y Unap; Santiago, 2002.
- Deporte e Identidad Cultural en la tierra de campeones. En Tarapacá. Revista de Historia Regional. N° 2; Iquique, 2002. pp 5-13
- Nacionalismo, clubes deportivos y salitre en el norte grande de Chile. Ponencia presentada el Seminario Internacional Deporte, clase y nacionalismo. Universidad San Martín de Buenos Aires. 19 de noviembre; Argentina, 2004.
- Guibernau, Montserrat. Los nacionalismos. Ariel Ciencia Política; Barcelona, 1996.
- Hall, Stuart. The question of Cultural Identity; The Polity Reader in Cultural Theory Polity Press Cambridge; 1994.
- Laan, Erik. Bailar para Sanar. Estudio de la praxis de la peregrinación de los bailes religiosos del norte de Chile. Cuaderno de Investigación Social N° 33 Centro de Investigación de la Realidad del Norte. Crear; Iquique, 1993.
- Larraín, Jorge. Identidad chilena. Lom Ediciones; Santiago, 2001.
- Levi, Lucio. Nacionalismo. En: Diccionario de Política. Bobbio, Norberto; Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco. Siglo Veintiuno Editores; México, 1998. pp 1026-1035.
- Koster, Piet y Tennekes, Hans. Iglesia y Peregrinos en el Norte de Chile: Reajustes en el Balance de Poderes. En: Religiosidad Popular en el Norte de Chile. Cuaderno

de Investigación Social N° 18. Tennekes (et, al.) Centro de Investigación de la Realidad del Norte; Iquique, 1986. pp. 57-86.

Morandé, Pedro. Cultura y Modernización en América Latina. Ediciones Encuentro; Madrid, 1987.

Villena, Sergio. Gol-balización, identidades nacionales y fútbol. En: Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina. Pablo Alabarces (compilador). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; 2003. pp 257-271.

--- El fútbol y las identidades. Prólogo a los estudios latinoamericanos. En: Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina. Pablo Alabarces (compilador). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; 2003. pp 21-35

Vinnai, Gerhard. El fútbol como ideología Siglo XXI editores; España, 1974.

Rappaport, Roy A. Ritual y Religión en la formación de la humanidad. Cambridge University Press; Madrid, 2001.

Simmel, Georges. El Problema de la Sociología. Ediciones Labor; Buenos Aires, 1939.